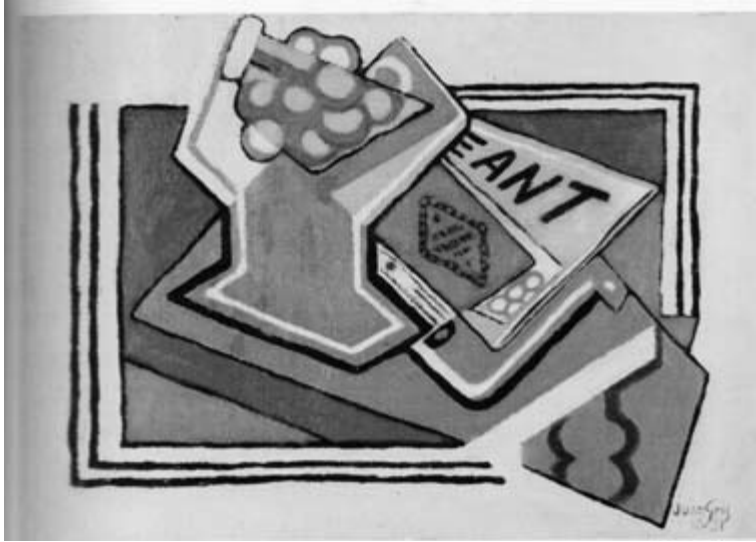


Nicolás Sartorius

Un nuevo impulso democrático.
La democracia expansiva



El frutero, 1921. Juan Gris.

Al abordar el tema de un nuevo impulso democrático no nos podemos quedar en propósitos que siendo importantes no llegan al fondo de la cuestión. Claro que es necesaria una reforma a fondo de la política, tal como hoy se ejerce: partidos políticos más abiertos y democráticos; nuevas leyes electorales más justas que acerquen a electores y elegidos; normas de control y transparencia que acorralen a la corrupción; nuevas formas de participación de los ciudadanos...

Pero si queremos abordar la cuestión de fondo, es decir, que la democracia —la voluntad e intereses de los ciudadanos— sea la que dirija los procesos en curso, a través sus representantes y otras formas de participación, tenemos que implantar y hacer viable el concepto de democracia expansiva: si la economía —el capital— se expande a todos los niveles, la democracia debe de hacer lo propio, pues de lo contrario no se establecerá el vínculo dialéctico entre economía y política, quedando esta última en posición subalterna.

I

LAS manifestaciones del agotamiento y/o deterioro de la representación política o incluso del sistema democrático, tal como lo conocemos, son variadas y adoptan diferentes características según los países y continentes. Sin embargo, lo que sí parece cierto es que este malestar sobre el funcionamiento de nuestros sistemas políticos tiene alcance general, es de naturaleza global, aunque adopte diferentes formas e intensidades según los países y las regiones. Una expresión bastante obvia de este desapego o falta de confianza en la política y los políticos aparece en la creciente abstención de los ciudadanos a la hora de ser llamados a las urnas.

No obstante, no creo que este sea un dato permanente del que podamos extraer conclusiones definitivas por cuanto no es, en mi opinión, una tendencia consolidada en todos los casos. Estamos acostumbrados a observar que cuando la pugna política se encona, o cuando la ciudadanía tiene el convencimiento de que es necesario cambiar y la percepción de que este cambio puede darse —lo que se llama “pulsión de cambio”—, las cifras de participación electoral aumentan considerablemente. Por ejemplo, en las primeras elecciones presidenciales de EEUU que ganó Obama, en las que triunfó Hollande en Francia o en las más recientes de Alemania, la cifra de votantes ha sido abundante. Es más que posible que, en la actualidad, la ciudadanía tenga la impresión de que vote lo que vote los ansiados cambios no serán sustanciales, pero no por ello una mayoría dejará de ir a votar, quizá de forma decreciente.

Un segundo síntoma de esa misma degradación es la aparición, sobre todo en países de la UE, de importantes sectores ciudadanos que apoyan a partidos anti-sistema o con posiciones populistas, xenófobas, de ultra-derecha o contra todos y contra todo, que denotan un malestar, difuso, confuso, sin propuestas alternativas pero que reflejan a una parte de población que se aleja del sistema democrático. No todas estas expresiones son iguales ni se expresan en la misma dirección, pero sí son todas consecuencia de la incapacidad de la política para dar respuesta a los problemas reales que acucian a la gente común. Estas formaciones pueden ir desde el movimiento 5 Estrellas italiano, pasando por el Frente Nacional francés, los par-

tidos ultras de Hungría, Finlandia, Noruega, Gran Bretaña, Alemania y prácticamente en todos los países de Europa.

No obstante, donde se manifiesta más a fondo el deterioro del que venimos hablando es en la actitud de los movimientos sociales, esencialmente entre los jóvenes, que se expresa en diferentes partes del mundo en un masivo malestar conectado. Puede ser en unos casos en la Puerta del Sol de Madrid, en la plaza Sintagma de Atenas, ante Wall Street en Nueva York, en la explosión de descontento de Brasil, en Turquía, Chile o Perú, por no hablar de las llamadas “primaveras árabes”, tan contradictorias y difíciles de clasificar.

En algunos casos, la revuelta ha nacido contra situaciones dictatoriales, como en los casos de Egipto y Túnez, pero en la mayoría la protesta masiva tiene su origen en el hartazgo ante la impotencia de la política, es decir de la democracia realmente existente, por afrontar y resolver los problemas reales de las sociedades. La certeza creciente que tienen los ciudadanos de que son otros poderes no democráticos, en especial los económicos, los que realmente deciden y marcan la ruta.

A lo anterior se suma la insuficiencia de los partidos políticos para ser cauce real de participación en la vida política, al tiempo que son escenario de excesivas prácticas corruptas. Hoy en día, en cualquier encuesta que consultemos —no solo en España— los partidos políticos, en muchos casos también los sindicatos, los parlamentos, los gobiernos y otras instituciones del Estado aparecen con valoraciones muy bajas en la consideración de los ciudadanos.

En el caso de los gobiernos el fenómeno es realmente paradójico porque teniendo, como tienen, en principio, el poder político para cambiar las cosas a las que se han comprometido, lo cierto es que al poco tiempo de llegar al poder se “queman”, sean del color ideológico que sean —con alguna excepción que confirma la regla, como es el caso de Merkel en Alemania—. Al principio se crean grandes expectativas, como sucedió en los casos de Obama, Sarkozy, Hollande, Papandreu, Zapatero, Rouseff, etc., y a la primera de cambio se comprueba que no tenían tanto margen de maniobra, que pocas cosas iban a cambiar en sustancia, que los ciudadanos se decepcionaban y las encuestas de opinión empezaban a bailar a la baja.

Es obvio que en este fenómeno la dura crisis que atravesamos está jugando un papel relevante, pero no creo que se trate solo de la crisis. La situación económica mejorará y, sin embargo, los gobiernos nacionales seguirán siendo incompetentes para resolver la mayoría de las cuestiones que nos preocupan. En mi opinión, la

crisis de representación, de la democracia tal como la conocemos, va mucho más allá de la crisis económica y tiene causas históricas, económicas y científico-tecnológicas que conviene analizar.

II

No obstante, las causas profundas de este agotamiento y malestar no radican, principalmente, en el deficiente funcionamiento de los partidos, en la rampante corrupción o en los efectos de la crisis económica que son, en mi opinión, más consecuencias que causas. Es evidente que todos estos fenómenos negativos están contribuyendo a la erosión de la actual democracia, al alejamiento de los ciudadanos de la política. Pero no entenderemos, cabalmente, el problema si no analizamos, aunque sea de forma somera, el origen y las bases sobre las que se sustentaba la democracia tal como hoy la conocemos.

La construcción de la democracia moderna ha sido un largo proceso histórico que ha durado varios siglos, la mayor parte del mundo no la conoce todavía y quienes la disfrutan lo hacen de forma bastante imperfecta. Hitos de este larguísimo proceso son la revolución holandesa del siglo XVI, la inglesa del XVII, las revoluciones americana y francesa del XVIII, la caída de los imperios austro-húngaro, germano y otomano en el XX, las luchas por la emancipación colonial de los siglos XIX y XX; la conquista del sufragio femenino y de los hombres y mujeres de color; el fin del apartheid; las revoluciones del este europeo, el final de las dictaduras en el sur de Europa, todas ellas en el siglo pasado.

Solo tenemos que pensar que el sufragio femenino se logró en España en 1933, durante la II República, para perderse después durante 40 años; en Francia las mujeres pudieron votar, por primera vez, después de la II Guerra Mundial; que a los negros norteamericanos les fueron reconocidos los derechos civiles bien entrados los años 60 del pasado siglo; que en Gran Bretaña todavía existe una cámara hereditaria, la Cámara de los Lores, y que hace escasamente pocos años España, Portugal, Grecia y un montón de países de Europa y América vivían bajo regímenes dictatoriales. Sin olvidar que hoy en día innumerables países de Asia, África y Oriente Medio no conocen la democracia.

Ahora bien, todas estas revoluciones, cambios y sistemas políticos más o menos democráticos se han producido en marcos geográfico-políticos concretos, dentro de unas fronteras delimitadas, si bien su impacto haya podido repercutir más allá de

esas fronteras como fue el caso de la revolución francesa. En cualquier caso, al margen de su repercusión internacional, eran procesos que tenían lugar dentro del estado-nación, es decir, dentro de la soberanía de un Estado, con fronteras reconocidas, una moneda, unas leyes, un ejército, unas instituciones propias, un mercado, una “economía nacional”. Precisamente en estos procesos, más o menos revolucionarios, en los que se construye el estado-nación —gran obra de las burguesías nacionales—, uno de sus objetivos principales era crear un mercado propio que permitiese el desarrollo de la economía, en las primeras fases de la industrialización.

Por lo tanto, la democracia que conocemos nace y se desarrolla delimitada en el espacio geográfico y en las instituciones políticas del estado-nación, en el marco de un determinado desarrollo económico o, si se prefiere, en un preciso desarrollo de las fuerzas productivas y sus correspondientes relaciones de producción; lo que supone, a su vez, un determinado nivel de la ciencia y la tecnología. No debemos olvidar, por otra parte, que la base económica de la democracia ha sido la capitalista, por cuanto las experiencias de una “democracia socialista” o han fracasado —URSS, países del este europeo— o están todavía por demostrar —China, Vietnam, Cuba, etc.

En consecuencia, para comprender qué le pasa a nuestras democracias hay que entender que son todavía muy jóvenes y, sobre todo, hay que analizar cómo ha evolucionado este capitalismo. Y este capitalismo, al que algunos llaman impropriamente economía de mercado, tiende a expandirse como el universo, busca la concentración, se desarrolla de manera desigual, produce crecientes desigualdades internas y, en los últimos tiempos, se “financiariza”, como por otra parte ya advirtieron los clásicos del marxismo —hoy injustamente olvidados, a pesar de que la historia les está dando la razón en sus predicciones generales.

Es sabido que el capital se expande de manera “natural”, a veces a través de las guerras y las rapiñas, con el objeto de conquistar nuevos mercados y por la sencilla razón de que en la venta de los productos o los servicios radica la realización de la ganancia. La historia del capital es la historia de su expansión. De igual suerte y por parecidos motivos, el capital se concentra con el fin de ganar “músculo”, que es tanto como decir ganar competitividad, economías de escala, cuotas de mercado y reducir costes. En este caso, además, las crisis cíclicas del capitalismo aceleran este proceso mediante lo que se ha llamado “destrucción creativa o creadora”, por la cual los más débiles desaparecen o son comprados por los más fuertes, que de esta suerte acrecientan su poder. Este proceso ha llegado a un punto en el que hoy

en día no más de 100 multinacionales controlan los 10 sectores más importantes de la economía a escala planetaria.

En otra dirección, como venimos señalando, el capitalismo se desarrolla de manera desigual en términos geográficos porque ha tendido, por razones históricas, políticas y económicas, a crecer con más fuerza en determinadas áreas del mundo en detrimento de otras. Esta desigualdad no solo se produce u origina en sentido geográfico sino en términos de sectores o clases sociales, dentro de cada país y globalmente. Esto no quiere decir que las personas, en general, vivan cada vez peor; más bien todo lo contrario, gracias a las luchas sociales durante varios siglos y a los efectos de la propia democracia, allí donde se disfruta. Pero sí se puede afirmar que, en términos relativos, la desigualdad en el reparto de la riqueza se ha acentuado. La diferencia entre ricos y pobres se ha acrecentado en los últimos decenios, lo que no empece para que se pueda decir que los “pobres” hayan mejorado su suerte, sobre todo en ciertas zonas del planeta.

Por último, el capitalismo se ha transformado y desarrollado de manera “elefantásica”; es decir, una parte del mismo, su industria financiera, ha crecido de forma patológica y ha devenido dominante dentro del sistema. Esta “financiarización” del capital, origen, junto a la desigualdad creciente, de la actual crisis, se debe a la lucha por la hegemonía a escala planetaria entre las grandes potencias.

Dos razones principales han contribuido a este fracaso. De un lado, la posibilidad de que los “particulares o privados puedan crear dinero” en gran escala, a partir de la desaparición de cualquier relación del dólar con el patrón oro, decidida por el presidente Nixon para hacer frente a los gastos crecientes que exigía la guerra de Vietnam. La segunda, la pérdida de posiciones de “Occidente” —léase USA, Gran Bretaña, Wall Street, la City— en la producción de bienes y/o manufacturas a favor de las potencias emergentes, principalmente China y otras naciones asiáticas, lo que empujó a aquéllas a un crecimiento desorbitado de las industrias financieras con el fin de mantener la preponderancia.

III

Al mismo tiempo que el capital se ha ido expandiendo y desarrollando en el sentido apuntado, han hecho su aparición y se han ido perfeccionando, a gran velocidad, nuevas fuerzas productivas o si se prefiere un nuevo sistema científico-tecnológico que ha transformado por completo los datos y la realidad en que se desarrollaba la

política democrática que hemos conocido. La generalización de Internet y de todos los artefactos conexos, el paso de la lógica analógica a la digital, lo que se ha llamado la sociedad de la información-comunicación, de las nuevas tecnologías, no podía dejar de impactar en el funcionamiento de la democracia.

No hay que olvidar que la democracia “nacional” es factible y ha funcionado, en sus actuales términos, en el marco de la revolución industrial, con un nivel de la ciencia y la tecnología determinados, en el que lo predominante era la producción de bienes “físicos”, dentro de un mercado acotado y en el que las relaciones entre las personas eran, en esencia, verticales y/o jerárquicas, dentro de instituciones políticas nacionales. Las nuevas tecnologías, la configuración global y el movimiento instantáneo del capital, han hecho saltar todas las fronteras no solo geográficas —la soberanía estatal sobre un territorio concreto— sino económicas, comunicativas, del conocimiento, de las relaciones personales, posibilitando nuevas formas de relaciones horizontales, en red, a nivel mundial y de manera instantánea.

Por eso, a día de hoy, tenemos de un lado a las personas en creciente interconexión por encima de las fronteras y de los estados; de otro, a las grandes empresas dominantes funcionando a nivel global, es decir, en un mercado global sin “nacionalidad” conocida. Sin embargo, podemos observar como la democracia sigue funcionando, en esencia, dentro del estrecho marco del estado-nación o haciendo tímidos avances para trascender dicho marco en experiencias como la Unión Europea u otras más laxas. Proceso que, por paradójico que parezca, está produciendo un reverdecer de los nacionalismos que, si bien son ahistóricos, reflejan el temor defensivo de las poblaciones ante una globalización dirigida por un poder económico que amenaza sus condiciones de vida y trabajo.

IV

A partir de este nuevo contexto y las transformaciones que lo han ido dibujando han surgido nuevos sujetos o actores decisorios, cuyas características son: su espacio de actuación es global; no obedecen a criterios “nacionales”, ni se someten a criterios político-democráticos; son poderes no elegidos por los ciudadanos y se mueven en tres ámbitos claves para la suerte de los humanos: el económico, el tecnológico y el de la información-comunicación. En una palabra, controlan de manera creciente el mundo económico-financiero, del que dependen en gran parte los demás, el de los procesos tecnológicos y el de la creación y difusión de la información.

Las grandes multinacionales de las finanzas, de la industria y servicios de las nuevas tecnologías y de la comunicación funcionan en un terreno de juego que es el mundo, por cuanto su mercado es y no puede dejar de ser global, por cuanto su subsistencia —beneficios— depende de su capacidad de competir en ese espacio global, sin fronteras ni ataduras “nacionales”. Y, como hemos señalado antes, este no es el caso de la política, de la democracia, en términos de poder que, en esencia, sigue siendo nacional o estatal. Por esta razón, vengo sosteniendo que el fenómeno que tenemos delante es el de una economía, una tecnología y una comunicación que se han “escapado” de la política, esto es, de la democracia.

Siempre ha existido, es cierto, una relación dialéctica y conflictiva entre economía y política, y en el sistema capitalista —dominante a nivel planetario— entre la democracia en la sociedad y la no democracia en la economía. Mas esta dicotomía era más asumible, llevadera o equilibrada cuando tanto el Estado cuanto el mercado eran “nacionales”. Es cierto que la mayoría de las veces el poder político establecido, incluso elegido por los ciudadanos, respondía a los intereses “generales” del sistema y en ese sentido tiene algún significado la famosa frase de Marx de que los Consejos de ministros son el gran consejo de administración del capital en su conjunto. Frase que quizá hoy es más cierta que entonces, sobre todo referida a determinados gobiernos. Pero no siempre ha sido así, en especial a partir de la irrupción de los partidos obreros, de la conquista del sufragio universal, incluyendo a las mujeres, hecho bien reciente. Es entonces cuando determinados gobiernos, a partir de la II Guerra Mundial, adoptan políticas avanzadas, se crea en Europa occidental el Estado de bienestar, se alcanza un pacto social que equilibra mejor los intereses del capital y del trabajo, en un nuevo modelo que en ciertos países del norte de Europa se podría calificar de mixto.

Ahora, por el contrario, la relación mercado-estado, economía-política, se ha trastocado completamente porque una de las partes del binomio se ha “fugado”, se ha elevado a un nivel que la otra parte no alcanza, rompiéndose así la relación dialéctica anterior. De esta manera, la política, el Estado, la democracia —donde existe— no se confronta en igualdad de condiciones, en el mismo terreno, con los grandes poderes económicos sino que pasa a ser un elemento subalterno, no tanto en términos de clase subalterna sino de poder político subalterno y, en consecuencia, condicionado cuando no dominado, estratégicamente, por los poderes de la no-política, sean cuales fueren las apariencias en un determinado momento.

Como es lógico, este carácter subalterno del estado-nación no se da con el mismo grado de intensidad en todos los casos. Cuanto mayor y más fuerte es un

estado más posibilidades tiene de establecer una relación dinámica con los grandes sujetos económicos e incluso dominarlos. Así, las posibilidades de EEUU, China, India, Rusia, Brasil son muy superiores a las de España, Francia o incluso Alemania. Sin embargo, en todos los casos, los grandes poderes económicos que se pueden desplazar de manera instantánea o deslocalizar sus negocios a escala planetaria, pueden eludir la acción de los estados, aún de los más fuertes, si las medidas o las políticas de estos nos les convienen.

En conclusión, podríamos afirmar que estamos asistiendo, desde hace algunas décadas, a una mundialización creciente de la economía, la tecnología y la comunicación, mientras la política y no digamos la democracia se quedan atrás, con la consecuencia evidente de que esta democracia —sistema muy reciente y de implantación minoritaria— no alcanza a controlar, ni tan siquiera a intervenir, en los procesos económicos, tecnológicos e informativos decisivos que determinan nuestras vidas. Todo lo cual no empece, lógicamente, para que esta democracia intervenga y, en ciertos casos de manera eficaz, en cuestiones importantes en la esfera local, regional o nacional pero no así en las grandes cuestiones que condicionan y marcan los límites de las demás; es decir en la dirección estratégica por la que camina, en una secuencia francamente caótica, la actual globalización de los procesos.

V

En consecuencia, cuando pretendemos abordar el tema de un nuevo impulso democrático no nos podemos quedar en propósitos que siendo importantes no llegan al fondo de la cuestión. Claro que es necesaria —imprescindible— una reforma a fondo de la política, tal como hoy se ejerce. Partidos más abiertos y democráticos, nuevas leyes electorales más justas que acerquen el elector al elegido, normas de control y transparencia que acorralen la corrupción; cámaras legislativas más permeables a la presencia de los ciudadanos; nuevas formas de participación a partir de la utilización de las nuevas tecnologías; mecanismos que permitan a los ciudadanos manifestar sus opiniones en los grandes temas, como puede ser en la elaboración de los presupuestos a diferentes niveles, etc.

Todo esto es necesario y posible, pero no nos engañemos, son reformas que se pueden implementar en el ámbito de la política y en el marco de cada Estado, por lo menos de momento. Ahora bien, si queremos abordar la cuestión de fondo, es decir, que la democracia —la voluntad e intereses de los ciudadanos— sea la que dirija los procesos en curso, a través sus representantes y otras formas de par-

ticipación, tenemos que implantar y hacer viable el concepto de democracia expansiva; esto es, si la economía —el capital— se expande a todos los niveles, la democracia debe de hacer lo propio, pues de lo contrario no se establecerá el vínculo dialéctico entre economía y política, quedando esta última en posición subalterna cuando no “fuera del juego”.

Por eso sostengo que el nuevo impulso de la democracia tiene dos espacios o vertientes de expansión. Uno horizontal, espacial o político-geográfico y otro vertical, temático o de penetración y asunción de nuevos contenidos. El horizontal supone la creación de nuevos sujetos político-democráticos globales capaces de medirse y, en su caso, regular con eficacia a los grandes sujetos económicos, tecnológicos y mediáticos. En esa dirección, un nuevo impulso democrático concreto, en términos de expansión, debe de venir de la mano de la construcción democrática de la Unión Europea. Las democracias nacionales europeas, por separado, son inoperantes a nivel global, a no ser que se enmarquen y emulsionen en una democracia más amplia y efectiva que, en nuestro caso, es la europea. Por eso vengo insistiendo en que la cuestión no es solo la unión política de Europa sino la unión democrática de Europa. El hecho de que los países que componen la Unión sean democráticos no garantiza, *per se*, que el conjunto lo sea. En consecuencia, la premisa para ese deseado nuevo impulso democrático es la construcción política de la Unión en el sentido de la expansión democrática, sin la cual las modificaciones legislativas a escala nacional de reforma de la política no alcanzarán sus objetivos.

En el futuro, seguramente, contemplaremos el lanzamiento de iniciativas en el sentido de lograr uniones regionales, más o menos articuladas, en diferentes áreas del mundo. Ya hoy tenemos algunos procesos en América del Norte —EEUU, México, Canadá—; en Latinoamérica con UNASUR, MERCOSUR, etc. También en Asia surgen proyectos más o menos avanzados en la misma línea con ASEAN, el Grupo de Shanghai y otros. Es decir, se trata de un lento proceso de “regionalización” del mundo que suele iniciarse por aspectos comerciales, económicos pero que, poco a poco, va trenzando intereses de seguridad y políticos. La creación de sujetos políticos regionales democráticos es una premisa necesaria para que el proceso de globalización adquiera una dirección diferente en beneficio de los seres humanos. Objetivo que ya se podría alcanzar, en parte, si plataformas como el llamado G-20 tuvieran mayor profundidad de decisión y la voluntad política requerida para llevar a la práctica sus acuerdos.

Ahora bien, para que este impulso en el sentido de una expansión de la democracia sea real y no se estanque en la superficie de las cosas, tiene que abordar y

dar una solución satisfactoria a la cuestión central de la dirección democrática de los procesos decisorios en el terreno económico, de la sostenibilidad, del uso de las nuevas tecnologías y de la comunicación. En la actual crisis hemos podido comprobar cómo un capitalismo financiero descontrolado ha conducido a la ruina a millones de empresas y ciudadanos, erosionando de manera grave la cohesión social y entrando en contradicción con los fundamentos de la propia democracia. La crisis ha planteado con toda claridad la cuestión nuclear de nuestro tiempo, la que debe responder a la pregunta de quien dirige los procesos de la globalización que, de manera objetiva, se están produciendo y se seguirán desarrollando en el futuro.

Si la respuesta es que tiene que ser la política democrática, es obvio que ésta debe establecer una nueva relación con los sujetos económicos globales no-elegidos que controlan hoy las finanzas, los principales sectores industriales, las nuevas tecnologías y la comunicación. Relación que debería ser de subordinación de aquellos a la política, mediante al establecimiento de reglas acordadas que impelan a esos poderes no elegidos a cumplir con los fines para los que han sido creados, en coherencia con el interés general que en cada momento establezcan los poderes democráticos.

El primer sector que habría que supervisar y, en su caso, controlar, es el financiero. Poseedor del dinero del mundo y esencial para el funcionamiento de la economía en su conjunto, su descontrol, como ha demostrado la actual crisis, es una catástrofe para la humanidad. En este sentido, la democracia debe poseer una banca pública y aquella privada de naturaleza sistémica —a la que no se puede dejar “caer”— tiene que estar controlada eficazmente, por cuanto su fracaso no solo perjudica a los accionistas sino, también, a los depositantes y a la sociedad en general. En realidad, si queremos que la democracia no sea víctima o prisionera del sistema financiero, al igual que aquellos otros sectores estratégicos de la economía que están controlados por muy pocas empresas multinacionales en régimen de oligopolios, deberían adquirir un carácter mixto público/privado, ya sea en su propiedad, en sus utilidades o en su dirección supervisora.

No se trataría, por lo tanto, de caminar hacia un régimen “estatalista”, cuyo negativo resultado ya conocemos, pero tampoco quedarnos en un sistema de capitalismo descontrolado cuyas nefastas consecuencias también padecemos. Deberíamos caminar hacia un sistema mixto en el que los sectores estratégicos de la economía, la tecnología y la comunicación, que determinan la dirección de los procesos de globalización, quedasen enmarcados en los objetivos de interés general que la política democrática vaya señalando. Sectores que deben establecer una

nueva relación con la democracia, tanto con la política en general como en el funcionamiento interno de las grandes corporaciones.

La democracia o se expande, en horizontal y en vertical, o se irá vaciando de contenido real. Debe, pues, por un lado globalizarse y por otro penetrar en los procesos económicos estratégicos con el fin de que el desarrollo general de las sociedades se oriente y responda a los intereses, aspiraciones y valores de los ciudadanos, que son los sujetos de la democracia y, por ende, los detentadores del poder. En este sentido, la lucha por la expansión de la democracia, en todos los ámbitos de la vida pública, debe ser el gran objetivo de las fuerzas progresistas, políticas y sociales, en el siglo XXI.